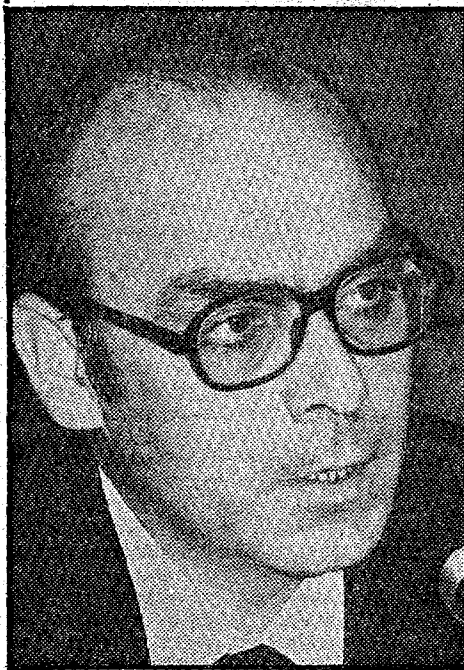


El Gobierno de transacción

Por Jaime CAMPANY

Hay una noticia de profunda significación política que ha pasado, sin embargo, inadvertida a los comentaristas más perspicaces. Menos mal que no ha escapado a mi agudeza y penetración. Una mujer española ha dado a luz tres criaturas en sólo cinco minutos. Esta noticia insólita puede ser complementada con un dato estadístico igualmente significativo: ochenta y cuatro mil niños han nacido en Madrid durante el último año. Resulta curioso y reconfortante observar cómo el instinto social de la especie humana atiende a satisfacer las nuevas y más perentorias necesidades del colectivo democrático celtibérico. A pesar de la predicación abortista, de doña **Cristina Almeida**, de la pujanza de la planificación familiar y del triunfo de los movimientos gay, algunas madres españolas se han aplicado a la tarea de fabricar niños casi con la misma velocidad con que don **Adolfo Suárez** fabrica ex ministros. Los noventa ministros de **Franco** durante los cuarenta años de dictadura se han convertido en los cincuenta y tantos ministros de **Suárez** durante los cuatro años de democracia. O sea, que hemos multiplicado por cinco el índice de participación política del pueblo español a nivel ministerial. Con razón estamos asombrando al mundo. Hay algunos españoles nostálgicos y recalcitrantes que se mantienen todavía alejados de las urnas, pero afortunadamente cada vez son más los hispanodemócratas que acceden a las poltronas ministeriales. Ahora, para marchar decididamente por la senda constitucional, todo consiste en lograr que el número de los ex ministros supere el número de los abstencionistas. Nuestra vacilante democracia estará definitivamente a salvo cuando el censo electoral coincida con la nómina de las grandes cruces de Carlos III. Dentro de algunos años, solamente una España podrá helar el corazón de los españolitos: la España de los escasos políticos que todavía persistan en la oposición o que todavía no hayan pasado de secretarios de Estado. En ese momento, un país de súbditos y de reprimidos políticos habrá quedado convertido en un país de ciudadanos, de votantes, de contribuyentes y de ex ministros. El ejército de ex ministros acudirá todos los años al Palacio de la Moncloa, y don **Adolfo Suárez** pronunciará, asomado al balcón principal, la frase más histórica de la democracia española: «Estos son mis poderes. Nadie podrá decirme en justicia que no he ofrecido a los españoles seguridad de ser gobernados por ellos mismos.»

Además, dichosamente, el número de ex ministros crece, no en progresión aritmética, sino en progresión geométrica, con lo cual, dentro de ciento siete años, que es el plazo mínimo para el Gobierno de UCD, todos los españoles mayores de cuatro años —que pronto será la mayoría de edad política— habrán sido ya ministros, al menos una vez, con la única condición de haberse afiliado al partido de **Suárez**. En ese instante se habrá descubierto la fórmula para que UCD gobierne eternamente en este país, pues tendrá asegurado el triunfo en todas las confrontaciones políticas bajo el lema electoral de «Cada ex ministro, un voto». Y como ha quedado demostrado que los ex ministros pueden volver a ser ministros en cualquier oportunidad, o antes, si espera moción de censura, parece garantizada la leal permanencia de los defenestrados en el



*A don Fernando Abril
le han dejado
a la luna de Valencia*

seno del Partido. El único ser humano-centrista que abandonó el partido cuando dejó el Ministerio fue don **Manuel Clavero Arévalo**, pero ya se sabe que el señor Clavero es un andaluz imprevisible y extravagante, y sólo ha conseguido con su soberbia desviacionista ofrecer a los diputados de UCD un terrorífico ejemplo para el escarmiento. Ya se conoce bien el axioma histórico: Ni Roma paga traidores, ni **Suárez** vuelve a hacer ministros a los desertores de sus filas. Usted puede quedarse atónito, como don **Marcelino Oreja**, el pequeño «kamikaze» guipuzcoano, a quien dejaron a medio ensayar el discurso de la Conferencia de Madrid; o puede quedarse estupefacto como don **Luis Gamir**, a quien dejaron sin otro Ministerio que el de las espumas mientras estaba sumergido en las clásicas, pícaras y falaces aguas mediterráneas; o puede verse presa de un ataque de risa nerviosa como parece haberle sucedido a don **Fernando Abril** cuando le han dejado a la luna de Valencia. Pero usted, querido ex ministro, debe hacer de tripas corazón, y sentarse al día siguiente en su escaño de diputado susurrando esa canción que ha puesto de moda no sé qué cantante francés, cuyo nombre no recuerdo: «Podéis destrozar todo aquello que veis, porque él, de un soplo, lo vuelve a crear, como si nada, como si nada.» ¡Ah, y cuánto les falta a nuestros socialistas y a otros ingenuos de la oposición política para conocer, aunque sea mínimamente, esa asignatura llamada **Adolfo Suárez**! Primero los legaliza, les gana el referéndum de la Reforma política, les hace entrar por la senda constitucional, les hace pasar por el aro de la monarquía, los lleva al huerto de los pactos de la Moncloa, los infla y los aúpa como alternativa, les destroza con un solo discurso en la televisión, les gana las elecciones y, ahora, cuando creen que lo tienen

acorralado, herido y exhausto, después de la moción de censura, se les empina de nuevo sobre una pirámide de ex ministros, casi con la misma fuerza con que Napoleón se empinó a la gloria sobre una pirámide de muertos. Aquellos presuntos enemigos de **Suárez**, que los socialistas buscaron en las filas del partido del propio presidente acosado, se los encuentran ahora otra vez en el banco azul. Como si nada, como si nada.

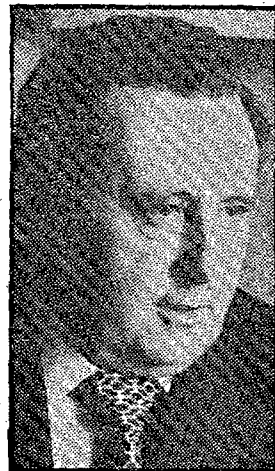
Don **Adolfo Suárez** ha dejado a la oposición sin posibilidad de seguir tirándoles los tejos a los sectores progresistas de UCD. Ha sido como la gota de agua que, horada la roca, mucho más si la roca tiene vocación de ministro, o sea, si la roca es **Roca Junyent**, y se les ha ido del brazo de los nacionalistas catalanes. Hasta los vascos van a volver al Parlamento para estar presentes, y quién sabe si votantes, en el festival **Suárez**. Ha dejado a los socialistas condenados a la compañía de los comunistas, que ya les están poniendo el jabón revolucionario para que saigan a la calle, y sin otros apoyos posibles que los del islámico señor don **Alejandro Rojas Marcos**, con sus cuatro moros notables, y algunos ecos, voces o gritos de los habitantes del Grupo Mixto. Y si no, que recurran a **Fraga**, de nuevo desterrado al limbo parlamentario del «pega, pero abstente».

Así las cosas, casi la única incógnita para la votación de confianza reside en lo que vaya a hacer el señor **Clavero Arévalo**: o seguir en la nube hasta 1983, o volver al redil como el hijo pródigo. Y es que lo normal es dejar el sillón del Ministerio de Cultura para irse al pazo y a la Xunta, a muñir el Estatuto gallego y a esperar que llegue el verano, como ha hecho don **Pío Cabanillas**, ex ministro de **Franco**, ex ministro de **Suárez**, ministro de la transición, ministro de la transacción y siempre ministrable, porque en este país, cuando se frota la lámpara política de Aladino, el primer genio que sale de ella es indefectiblemente el genio de don **Pío Cabanillas**; también se puede dejar el Ministerio de Cultura para irse a la «Maison du Caviar», en París de la Francia, como ha hecho don **Ricardo de la Cierva**, que le dieron un Ministerio como quien da un apartamento en la playa o una camisa «Lacoste» para que viva un sueño de verano, quizá porque no conviene que en este país haya alguien que se aficione demasiado a manejar la cultura, que siempre entre nosotros ha resultado una extraña materia de naturaleza misteriosa y explosiva. Lo que no se puede hacer es cometer el error, inmenso error, de abandonar el Ministerio de Cultura para irse al Grupo Mixto, o sea, al zoo político de cristal, a convivir con los más sorprendentes ejemplares de nuestra fauna política insular y peninsular, que nadie sabe bien qué hace un ex ministro como él en un grupo como ese, junto a un canario flautista como **Sagaseta**, un ave lira como **Piñar**, un cuco como **Bandrés**, un inefable ruiseñor decimonónico como **Pi** y **Sunyer** o un terco grillo tenor como **Gómez de las Rocas**.

A la sabiduría política de don **Adolfo Suárez**, unos la llaman habilidad; otros, sagacidad; otros, astucia, ambición, picardía o desfachatez. Podemos llamarla como queramos, pero está claro que no vamos a librarnos de ella tan fácilmente. Ese asombroso ejemplar político llamado **Suárez** es el ave fénix, el gato de las siete vidas, el Lázaro del pasa-



Martín Villa



Pio Cabanillas



Calvo-Sotelo



Fernández Ordóñez

A la sabiduría política de don Adolfo Suárez, unos la llaman habilidad, otros sagacidad, otros astucia, ambición, picardía o desfachatez. Podemos llamarla como queramos, pero está claro que no vamos a librarnos de ella tan fácilmente

le evangélico y la hidra de las muchas cabezas. Don Alfonso Guerra nos dio de él una definición desesperada cuando dijo aquello de que si en el Parlamento entrara el caballo de Pavía, Suárez se subiría a su grupa, y don Emilio Romero acaba de descubrir que lo mismo puede encabezar los Gobiernos de la Monarquía que presidir la tercera República o mandar en Europa. No sólo es un superviviente del franquismo, de la reforma política, de la transición, de la Constitución, de las elecciones y de la transacción. Ahora es también un superviviente del caos de don Fernando el Caótico. No es que renazca de sus propias cenizas. Es que sale ileso de Pompeya, de Numancia, de Hiroshima, de la bomba de neutrones, del diluvio universal, del apocalipsis y de la gestión económico-política de don Fernando Abril Martorell. ¿No va a salir ileso, incólume, entero, intacto e incluso restablecido y fortificado de la moción de censura de don Felipe González y de los epigramas andaluces de don Alfonso Guerra?

La sabiduría política de Suárez ha logrado componer un Gobierno lleno de ex ministros, con casi todos los que aspiraban a sucederle, y encima ha conseguido, ¡oh maravilla!, que todos digamos que ese Gobierno es el mejor Gobierno que se puede hacer con los miembros de UCD. A don Landelino Lavilla, el más cauto, pero el más visible representante de la impaciencia democristiana, le ha dejado en la presidencia del Congreso, frente al palco inevitablemente ocupado en las tardes de pleno por doña Juanita, casi como el fantasma del romance de don José María Pemán. Como Europa no le ha abierto sus puertas, la ha castigado quitándole la sonrisa de don Leopoldo Calvo-Sotelo, hombre fiel, culto, y de oratoria más garbosa que la de su antecesor, pero de quien dijo que no se quitaba los guantes ni para darle la mano a los obreros, y que posee indudablemente el discreto encanto de la antipatía electoral. En cambio, ha enviado a la Europa de los mercaderes a un catalán, para que aprendan lo que es hablar de negocios con alguien que sabe que el negocio es el negocio. A don Francisco Fernández Ordóñez le ha dado el juguete progresista del divorcio para desesperación de los socialistas, que terminarán pidiendo la conservación del vínculo de la misma manera que ya están pidiendo la mitigación de los impuestos que trajo la reforma fiscal. A don Rodolfo Martín Villa, que es un león co-

rrioso e imperturbable, le ha puesto en las manos las riendas del caballo desbocado de las autonomías. A don Pio Cabanillas le ha dado un Ministerio sin papeles para que no se le amontonen y para dejarle tiempo de pensar diabluras gallegas. A don José Pedro Pérez-Llorca le ha dado los asuntos exteriores, quizá para quitarle las autonomías o quizá para no darle los asuntos exteriores a Fernández Ordóñez, o quizá para las dos cosas a la vez. La economía se la ha encargado al señor García Díez, que era el ex ministro con más cara de menos amigos, porque el horno no está para bollos. Y a don Iñigo Cavero le ha mandado a Cultura, seguramente porque tenía que darle Justicia a Fernández Ordóñez, ya que no quería darle los asuntos exteriores, porque al fin y al cabo en Cultura se puede poner a cualquier ministro siempre que no se lo vaya a tomar por la tremenda, y porque tampoco iba a demoler a los democristianos, que, de una manera o de otra, se trata de estar instalados en un modelo de sociedad occidental, humanista y cristiana. Y, además, ha conservado a don José Luis Alvarez, que es mejor tenerlo cerca y de ministro, ya que no le hicimos alcalde, y a don Juan José Rosón, porque conviene mucho ir tranquilizando un poco al personal, y éste es un ministro del Interior que en poco tiempo ha empezado a luchar contra el terrorismo con firmeza, a detener a los delincuentes, a pescar a los evadidos, a confinar la pornografía y a quitarles a los guardias el sambenito de asesinos. En fin, que se ha quedado sin oposición dentro del partido, y ha dejado en la oposición parlamentaria exactamente a aquellos a los que quería dejar. Bueno, pues chapó.

Y no sólo eso. Se ha preservado de la hemorragia de votos que se presumía iba a sufrir el centro por la margen derecha. Después del debate del voto de censura, la derecha se había envaletonado bastante con aquellos discursos de don Manuel Fraga, que hicieron estremecer a los televisores y a los televidentes. Se dijo entonces, y yo el primero, que el gran triunfador de la moción de censura no había sido don Felipe González, sino don Manuel Fraga. Bien, pues ahora se nos ha dicho que los españoles que se sienten felices son los que votan a Coalición Democrática, y puesto que en estas fechas la gran mayoría de los españoles no se consideran especialmente felices, habremos de deducir que los que se espongan

a votar por las derechas quedarán insertos en una breve minoría de insensatos. Y además, si se sienten felices ¿para qué van a votar en contra del Gobierno? Votar en contra de un Gobierno que te hace feliz es tener muchas ganas de que sigan siendo diputados don José María de Areilza, don Alfonso Osorio y don Antonio de Senillosa, que por otra parte no se ponen de acuerdo sobre casi nada, excepto en que quieren que se vaya don Adolfo Suárez del Palacio de la Moncloa.

O sea, que esa misteriosa personalidad independiente (pero qué manía, hombre, con eso de que se puede encontrar un político independiente; independiente ¿de quién?) que estaba preconizada por los que ya celebraban el retiro político de Suárez para alzarse con el santo y la limosna, tendrán que esperar. Aquí, o se está con Suárez, o se vive en la oposición. Dice Pedro Rodríguez, mi querido malabarista y surtidor que no cesa Pedro Rodríguez, que estos hombres de la crisis de la transacción son los habitantes de la crisis deshabitada. Aquí, como en la comedia de Jardiel que están echando en el Infanta Isabel, están el Hombre sin Cabeza, el Ensabanado, el Esqueleto, los dos soldados de los tercios de Flandes y el Guarda Jurado con su burro dócil y plateado. Pero la que está deshabitada de verdad es la oposición. Porque la Moncloa, cuando más solitaria y deshabitada parece, con más prisa se puebla de ministros, ex ministros, leales y gente que acuden en socorro del inevitable vencedor. Suárez todavía tiene todo el poder para poner y quitar ministros. El único ministro de Franco, el único ministro de Arias y el único ministro de Suárez que todavía no ha logrado cesar el señor Suárez es, precisamente, don Adolfo Suárez. Y ya ha dicho que no quita a ninguno más, por si acaso, hasta 1983. Y además, que ahora es cuando se va a arreglar esto.

De momento, ya no se podrá decir de él que servía solamente para presidir los Gobiernos de la transición. Ya preside el primer Gobierno de la transacción. Los socialistas se han apresurado a decir que este Gobierno no tiene credibilidad. Bueno, eso son garambainas. Porque lo que va a tener, dentro de unas horas, son los votos suficientes para ganar el voto de confianza. Creer, lo que se dice creer, es algo que pertenece a cualquier esfera menos a la política. La política es increíble. Increíble, pero cierta.